

Josefa

Roberto Aníbal Sosa Trotti^{1,2} 

1. Facultad de Medicina Universidad Nacional del
Nordeste. Corrientes, Argentina
2. Hospital José Ramón Vidal. Corrientes
Correspondencia: Roberto Aníbal Sosa Trotti
E-mail: rolisosatrotti@yahoo.com.ar

En 1992, cuando mi país apenas se desahogaba de la hiperinflación, me dirigía a atender en una salita ubicada en una barriada muy humilde.

Llego, saludo a todos mientras recibo de la administrativa la planilla de pacientes donde registraban nombres y edades. La edad separada en dos columnas, una para cada sexo. Doy un vistazo rápido y noto que alguien tenía anotada la edad en la columna de los hombres, veinticuatro años, pero de nombre Josefa Jara. Inmediatamente me sonó un campanazo y, a velocidad luz, arremetió el recuerdo de un compañero de residencia de "tocogineco" que había consentido recetar abundantes dosis de hormonas femeninas a un travesti, con la idea de que se le desarrollen los pechos, o lo que sea. Mi recuerdo fue fugaz pero rotundo.

Atendí mis "pacientitas", algunas embarazadas y otras no. Llegó el turno del "mi caso incierto", llamé firme: "¡JosefJara!", de un solo tirón. El inconsciente, muy puntual, ya se había metido. Y así fue que llamé con un nombre ni de hombre, ni de mujer.

Pues bien, pasó alguien con una apariencia que en nada ayudó a disipar mis dudas. Mientras observaba con mi mejor perspicacia, en silencio me lo describí así: persona delgada, joven, altura media para hombre, alta para mujer -calculé mientras se acercaba-. Pies tirando grandes, manos también. A la vez, intentaba recordar las características para la rápida diferenciación de los "dudosos" que nos habían enseñado en Medicina Legal: mano, pies, nuez de Adán, la voz... Rápido miré el cuello, mi paciente de polera y un vestido sencillo con un largo ni poco, ni demasiado. Eso tampoco ayudaba. Sigo desorientado.

Pruebo saludando: "Buenas tardes, adelante", invitando una contestación.

"Buenas tardes " me contesta con una voz tal vez femenina, pero de tono bajo y ronquita.

Este detalle me dio certidumbre, estaba ante un caso idéntico a aquel travesti.

"Sentate, por favor" continué yo, ahora sí, con el panorama bien esclarecido.

"Bueno, en que te puedo ayudar" dije con voz firme, con seguridad, con la situación resuelta. Pero preguntándome en qué podría ayudar.

"Vengo para control de embarazo" me responde.

Lo único que yo trataba de controlar, en realidad, era mi desconcierto. Esto no estaba previsto. Y yo -"el Doctor"-, con todos los sentidos encendidos a fin de tomar la mejor decisión, pensé: "... calma, cada día está lleno de sorpresas..."

Así que disimuladamente respire hondo, opté por lo más simple, y empecé por las preguntas de rutina, para a ver cuándo y dónde "hacia agua", y de a poco, persuadir a "Josefa" de que por mucho que lo deseara, nunca podría lograr un embarazo. También me dio un poco de lástima.

Pregunté: ¿"De cuánto pensás que estás"?

- "De cuatro, más o menos"

- "¿Te trató bien, tuviste algún tipo de problema?"

- "No, estoy bien, tuve algunos vómitos al principio, pero ahora no y me parece que ya se mueve"

Me di cuenta que su relato estaba muy bien organizado y que no iba a ser sencillo.

No tenía todo el tiempo del mundo, había muchas pacientes esperando. Así que decidí ser expeditivo.

"Vos, no podés tener un embarazo" dije sin bajar la mirada.

Me miró con extrañeza.

- "Pero, Doctor, si sentí que se movía"

A punto estuve de despacharme con un implacable: "Mirá, los hombres no se pueden embarazar". Cuando,

□ con la frase a punto de ser arrojada □, mi paciente se me adelanta:

"Pero doctor, yo ya tuve un hijo y siento lo mismo"

Mi azoramiento era gigantesco. Así que opté por lo más valiente:

"Bueno, por favor acóstate en la camilla, permítame te examino", seguro de encontrar una panza con distribución del vello en rombo típicamente masculina, aunque seguramente, prolijamente depilada.

Al observar y palpar, me alegró no haber hablado. Me hubiera tenido que meter la lengua ¡ahí mismo! Era nomás una señora cien por cien embarazada con su redonda prominencia a la altura del ombligo.

Siempre desdeñé a la sugestión y al prejuicio propio como un imposible, pero por lo ocurrido, esta vez conjugué el error de la administrativa con mi apuro y "El insumo esencial": el sesgo dominante del recuerdo. Todo en uno, solo aconteció el prejuicio, y así poderoso como es, lo primero que se me esfumó fue el sentido común. Todo, todo sucedió en mi mente. Menos mal.

Josefa Jara ya tiene cuatro hijos y salvo el primero, yo atendí todos sus embarazos.

